

Antipajaristas

¿Sabías que la reina de Inglaterra Isabel II en realidad está congelada para guardar su espíritu e intentaron meterlo en Kate Middleton? ¿Y que existe una cura inmediata contra el cáncer pero solo la guardan las farmacéuticas? ¿Conocías el dato de que el agua deshidrata? Y otra más...¿Sabías que el coronavirus lo crearon los activistas climáticos para acabar con la despoblación y que dejáramos de contaminar tanto?

Mi nombre es Peter McIndoe y siempre he sido un aficionado a los ordenadores y las redes sociales. Recuerdo perfectamente el día en el que se convocó la llamada “marcha de las Mujeres”, del movimiento feminista estadounidense fue. Fue el 21 de enero de 2017 y a mí, como de costumbre, me pilló en casa sin hacer nada.

Estaba tumbado en el sofá mirando Instagram cuando vi que por mi casa pasaba una especie de contraprotesta por el hito que estaban protagonizando las mujeres en ese momento. Siempre me han gustado las manifestaciones y me dan que pensar: yo aquí solo y ellos siendo tantos... Y aparentemente unidos. Me di cuenta que todos llevaban carteles relacionados con cierto hombre de pelo rubio y piel naranja –de hecho, apodado “el hombre *Cheeto*”--, que por aquel entonces estaba en el poder, así que decidí unirme para sentirme parte de ese grupo.

Salí rápidamente de casa y, como si fuera un camaleón, me camuflé entre cientos de pancartas de todo tipo. “Hillary Clinton pedófila”, decía una de ellas; “La izquierda nos manipula. No a los Chemtrails”, sugería otra. Era impresionante, nunca había visto tanta verdad en un mismo sitio.

Fascinado por el ambiente, me uní a este grupo de visionarios con una teoría que llevaba años confeccionando: los pájaros no existen. Así es, los pájaros, esos seres tan diversos que sobrevuelan las ciudades de todo el mundo, en realidad, no son lo que parecen.

No quiero decir que nunca existieron, por supuesto, pero desaparecieron en la década de los 60, después de que el Gobierno estadounidense los matara a todos. Es sabido que mi país está a la cabeza de la inteligencia mundial, por lo que trazaron un plan perfecto para no levantar sospechas sobre lo que escondía este genocidio aviar: crear drones que pudieran controlar a la población.

Con cientos de aves muertas a su disposición, los mejores laboratorios crearon prototipos de aves idénticas a las que la población de entonces había conocido. Dentro de unas maquetas, los equipos de investigación informática más brillantes del país colocaron inteligentemente cada uno de los elementos de un dron para no levantar sospechas cuando un pájaro: los ojos son cámaras, el pecho contiene una CPU y un micrófono, las patas contienen baterías que se recargan al posarse en los

hilos eléctricos, y entre las alas se encuentra un pequeño motor que hace que la maquinaria vuele como lo hacía un pájaro real.

Os preguntaréis porqué sale sangre al atropellar un pájaro o qué son las aves que comemos. Como es evidente, el Gobierno haría todo lo posible para no levantar sospechas, por lo que todo estaba colocado dentro de los “órganos” que se suelen desechar, mientras que el resto del aparato estaba compuesto por carne artificial, sangre y un líquido blanquecino que, aunque se crea que es orina, contiene un gas que inhibe a la población y le impide reflexionar bien.

Se trata de algo que llevaba estudiando mucho tiempo, pero no fue mi descubrimiento. Si buscas “*Birds Aren't Real 1987*” en Youtube, descubrirás que, en ese año, ya había expertos que velaba por dar a conocer la verdad en este asunto. Sin embargo, esto no logró llegar a más debido a la implicación del Gobierno: todos, desde el de Eisenhower, hasta Joe Biden, el actual presidente, conocían acerca de esta labor de espionaje y control de la población.

Ahora bien, volviendo a la manifestación, mi pancarta fue todo un éxito. Muchas personas se acercaron curiosas a mí y, cuanto más me preguntaban, más convencidas quedaban.

Sin saberlo, aquella decisión precipitada de bajar a la calle con un cartón y muchos conocimientos sobre el tema había merecido la pena. Muchos medios locales se hicieron eco de la teoría antipajarista y comenzaron a llamarme para que les concediera entrevistas. Tuve que enfrentarme a muchos ignorantes, a los que derroté uno a uno con mis argumentos.

Cada vez más personas se unieron al movimiento, llegando incluso a matar a los supuestos pájaros que se encontraban por las calles, intentando así hacer ver a la sociedad que estaba rodeada de drones espías. El Gobierno había sido inteligente, estos drones-ave estaban demasiado bien hechos, pero también había mucha gente muy concienciada que se negaba a caer en bulos mediáticos y del Gobierno..

Yo estaba orgulloso. Todo esto fue a más, hasta el punto de que, en noviembre de 2021, la ciudad de San Francisco, en California, amaneció empapelada de carteles que clamaban que Twitter debía cambiar su “desagradable” logo de un pájaro, ya que estos no eran reales. No sé si por ignorancia o siendo totalmente conscientes de ellos, la empresa del Elon Musk estaba siendo partícipe de difundir propaganda pajarista, propagando así desinformación. ¿Sería que tenían algo que ver con las labores de espionaje? ¿Ganaba algo Twitter con que la gente no conociera la realidad de estos animales voladores?

De hecho, no es de extrañar que Twitter decidiera cambiar su nombre y logo a X. Detrás de una estrategia de “innovación” y “dar una nueva imagen”, como nos

quería vender la red social, podía haber una ruptura con el Gobierno, que había cambiado de Donald Trump a Joe Biden. Por ello, la renovada X y sus gerentes ya no querían seguir difundiendo sus bulos, aunque sabían que el republicano Trump volvería a probar suerte en los comicios estadounidenses, por lo que tampoco querían jugársela a llevarse mal con nadie.

Mientras todo este movimiento social se hacía más y más grande, alcanzando incluso la esfera internacional, yo dejé mi trabajo como terapeuta y me dediqué única y exclusivamente al activismo. Participé en conferencias, charlas, debates y me convertí en el fundador de *Birds aren't real*, donde poco a poco fuimos ampliando nuestros conocimientos acerca del tema.

Empecé a obsesionarme a la vez que estaba impresionado con todo lo que estaba ocurriendo, era el mejor momento de mi vida. Por el día daba entrevistas y por las noches leía para saber más y cuando mi vida empezaba a ser algo monótona... ¡Pum! Un nuevo hallazgo: tenía ante mis ojos lo que, en realidad, fue el móvil del asesinato de John F. Kennedy en noviembre de 1963. Todo encajaba.

El expresidente, en la Casa Blanca, escuchó hablar a uno de los altos mandos de la CIA acerca del asunto de las aves y, por sus valores ultracatólicos, consideraba que era un pecado maltratar y matar animales sin razón alguna, como manda la Biblia. Se negó a matar a todos los pájaros, con lo que el plan de los servicios de Inteligencia se podría desmoronar.

Con esta primicia me fui a un medio local de Minnesota, sin saber que aquello me cambiaría la vida. Allí conocí a la que más adelante fue mi pareja, quien quedó fascinada por mi discurso y decidió acompañarme en esta aventura. Con mis conocimientos en ordenadores y su buen gusto lanzamos una página web donde poder difundir todos los avances que iban sucediendo y, sin saberlo, llegué a convertirme en una especie de profeta, alguien en quien todo el mundo confiaba por tener la verdad en sus manos.

Poco después de esto, mi novia y yo nos fuimos de vacaciones y, en esos días, un millonario, cuyo nombre tengo prohibido decir, me propuso una gran oferta de apoyo económico para poder ser un gran difusor de la verdad. Era una de las tramas más grandes de los EEUU y, si conseguía abrir los ojos del resto del mundo, me convertiría en historia. Mientras pensaba todo esto, el multimillonario seguía al teléfono:

- ¿Sigues ahí? – Me preguntó.
- Sí – Le respondí.

De repente, se hizo un silencio incómodo que fue él quien lo tuvo que romper.

- ¿Qué me dices entonces? – planteó.
- Rechazo la oferta – zanjé antes de colgar.

Rechazo la oferta. ¿Cómo pude responder eso? Esas palabras quedaron tatuadas con fuego en mi cabeza.

Con el eco constante de haber dejado pasar la mejor oportunidad de mi vida, poco a poco desaparecí de la esfera mediática. Solo fui una vez más a la televisión, en 2021, y no pude evitar vomitar en pleno directo. Después de pasar esa vergüenza, me encerré casi un año.

Quedé completamente aislado del mundo. No era capaz de leer el periódico escuchar la radio o ver la televisión, y me bastaba con comer, ir al baño y mantener y mantener mis constantes vitales en orden. Poco a poco, dejé de dormir, lo que hizo que el “run run” de mi cabeza no pudiera cesar en ningún momento del día. Me sentía agotado, quemado por dentro y débil por fuera, sin energías. Pero mi sensación era que yo no sentía nada. Es un poco típica la metáfora del pozo, pero así era: cuanto más tiempo pasaba, más hundido estaba, y cuanto más hundido, más pensaba que me costaría salir.

Era 2022. Un día como otro cualquiera estaba en la cama mirando al techo cuando recibí una llamada de un número desconocido y, por algún extraño motivo, lo cogí.

- Buenas, le llamamos del *New York Times*, ¿es usted Peter McIndoe? – dijo la voz al otro lado del teléfono.

El maldito *New York Times*. No podía dejar pasar otra oportunidad así. Les respondí interesado y, al parecer, esa noche se les había caído un entrevistado para el ejemplar del día siguiente y me ofrecían una nueva entrevista acerca del tema de las aves. Otra vez las aves. Pero daba igual, era el *New York Times*.

Salí de la cama con una energía que no sabía que tenía y, mientras me cambiaba, me di cuenta de lo mucho que había adelgazado. Me quedaba todo grande y me tuve que poner unos pantalones que no me entraban desde hacía mucho tiempo, pero eso eran problemas menores en ese momento. Me afeité la barba, me eché colonia, gomina y salí corriendo en dirección al metro que me llevaría al cruce entre la Octava Avenida y las calles 40 y 41 de Times Square, donde se encontraba la sede del periódico.

Una vez llegado allí, y tras vivir una muy buena acogida por parte de los redactores, me senté en una silla verde junto a mi entrevistador.

- ¿Cómo surgió el inicio de tu investigación sobre que los pájaros son drones creados por el Gobierno? – preguntó curioso.

Y entonces, me desnudé.

Lo conté todo.

– Los pájaros sí existen – le respondí.

El periodista se quedó anonadado, pero no le dejé hacer más preguntas. Le conté que, cuando tenía 23 años y era estudiante de psicología, quedé impresionado con la cantidad de técnicas de persuasión que hay, así que me lo inventé todo para poder hacer la prueba de hasta dónde podía llegar una teoría tan absurda como la de *Birds aren't reals*.

– Se convirtió básicamente en un experimento de desinformación – le dije.

A día de hoy, muchas personas del mundo han llevado a cabo concentraciones antipajaristas en sus ciudades. Mientras me siento el creador de un bulo, también considero que, en un mundo cargado de mentiras y verdades a medias, el humor y la sátira son armas que no se deben perder.